

## REFLEXIONES SOBRE LA TRADUCCION\*

Gertrud Schumacher de Peña  
*Lingüista, Prof. de la Universidad  
Nacional Mayor de San Marcos*

Yo he sido siempre mala para la traducción. No he nacido con este don, como sí otros, a quienes admiro y envidio. Cuando estoy hablando y pensando en un idioma, lo siento como un mundo propio que me aleja del de mi idioma materno o de cualquier otro universo lingüístico. Hasta pienso que algunos giros, algunas palabras son intraducibles. Dudo de la posibilidad de la intercomunicación verdadera.

Sin embargo, dentro de mi formación universitaria, tuve que aprender a traducir del alemán al francés y al revés. Me costó trabajo, verdaderamente. No me nació, así no más. Pero lo aprendí. - Y, lo que es peor, pronto lo olvidé. En mis tantos años de residencia aquí casi nunca tuve que trabajar en ese campo. Y lo que no se ejercita, se olvida. Ser traductor significa, para usar una expresión alemana tomada del lenguaje del fútbol, «am Ball zu bleiben» [permanecer junto a la pelota]. Un traductor necesita traducir y seguir leyendo constantemente para seguir siendo un buen traductor y - tal vez - llegar a ser cada vez mejor traductor.

Esta corta introducción personal, sincera por lo demás, debo completarla con la expresión de mi estima por los traductores y su trabajo. ¡Cuántos libros nunca hubiera conocido sin su trabajo paciente! Ningún libro en ruso hubiera podido leer. Los autores griegos me hubieran sido desconocidos. Películas japonesas y chinas nunca hubiesen llegado a nuestros cinemas. Me hubiera visto obligada a aprender varios idiomas para acercarme a los libros escritos en estos idiomas. Bueno, sabemos que ha habido y habrá siempre traductores. Son necesarios después de la destrucción de la Torre de Babel y lo son cada día más.

Nunca, me parece, ha habido un intercambio técnico-científico-cultural y comercial como en la época de la informática, que es la nuestra. Con una rapidez increíble se nos transmite noticias, informaciones de otras partes del mundo, que recibimos con la misma naturalidad, indiferencia o curiosidad como si se tratase de lo último del vecino. Si en Washington el Presidente Clinton ha comunicado una idea imprecisa sobre su política económica a un reportero, al día siguiente tiembla el curso de la Bolsa en todo el mundo. Si en el Lejano Oriente se ha construido una grabadora especialmente buena y complicada, pasado mañana ya la pueden comprar y manejar los esquimales o los indígenas de Australia. ¿Gracias a quién? - ¿A la rápida transmisión de datos? No sólo eso. Sin traductores, no se podrían superar las fronteras, más bien, se producirían barreras lingüísticas entre los diferentes pueblos del mundo. Parece que no las hubiese. Parece que, conociendo el inglés, habría una comunicación fácil con todo el mundo. No es así. Es que el trabajo de los traductores se realiza casi imperceptiblemente. En una conferencia televisada descubrimos por lo menos al intérprete, mientras que el traductor de noticias o de otras informaciones queda en el secreto. Uno se olvida de este importante mediador entre los hablantes de diferentes lenguas, porque recibimos sus productos, las traducciones, sin darnos cuenta del trabajo que éstas han costado.

El intercambio técnico-cultural, comercial, informativo se hace día a día más intenso y más rápido en nuestro mundo. La consecuencia en el campo de la traducción se ha hecho notar. Tantas universidades, institutos y escuelas se dedican a la formación de profesionales en este campo. Se han creado oficinas de traducción, otras ocupadas de problemas terminológicos, además de centrales de documentación. Y aún sigue habiendo traductores que trabajan por su cuenta. Y parece que todavía todo eso no es suficiente, porque las grandes empresas transnacionales o las de exportación, así como organizaciones e instituciones internacionales y nacionales necesitan y tienen a menudo ya sus propios traductores especializados.

Y acabamos de mencionar la palabra «especializado». ¿Qué significa eso? ¿Qué clase de traductores se necesita para el amplio campo mencionado?

Se busca por lo general traductores que dominen fuera de su idioma materno una o dos lenguas más y que conozcan bien uno o varios de los campos especiales: por ejemplo el de la economía, del comercio, de ciertas tecnologías, del deporte, del derecho, para citar sólo algunos de los varios existentes. ¿A qué se debe esta especialización entre los traductores? Al simple hecho que nadie puede conocer todas las terminologías especializadas siquiera en una lengua, en su lengua materna. Un intelectual puede usar entre 10 y 20,000 palabras (algunos políticos, dicen, se defienden muy bien con 2,000), pero dentro de este léxico no están las terminologías especializadas creadas día a día. Ni siquiera se encuentran en este léxico los nombres de todas las herramientas de ciertos artesanos, carpinteros, ebanistas, zapateros, etc. Los campos especializados son extensos, y un buen traductor debe estar constantemente preocupado por informarse de las novedades y de su terminología.

Antiguamente, había más traducciones literarias que técnicas, y durante mucho tiempo, estos dos campos de traducción, diferenciados por el tipo de textos, no estaban tan alejados como lo están ahora. Hoy hay un número mucho mayor de traducciones técnico-científicas especializadas que de traducciones de obras artísticas. Y parece que es justificado separar los dos campos, llamados en alemán Sach- / Fachübersetzungen y Kunstübersetzungen [traducción especializada y traducción artística].

La traducción de obras de arte está dentro de la tradición hermenéutica-filológica, mientras que la traducción en campos especializados es separada de esta tradición.

Hablaremos primero de la *traducción especializada*. Se traduce el contenido del texto lo más exactamente posible, se transmite entre dos idiomas. El traductor no aparece como creador, más bien desaparece, mientras más impersonal es su traducción.

Una de las grandes tareas del traductor en este campo es el dominio de la *terminología* especializada. No se puede traducir bien los términos cuando no se conoce la especialidad. Esta es la condición *sine qua non*,

pero el problema se da por los progresos constantes en los campos especializados. Hasta que los nuevos términos creados se publiquen en diccionarios especializados, el traductor debe tener sus *proprios glosarios* con los avances en su campo. Esto es mucho más fácil que antes por las posibilidades de las computadoras. Un glosario en computadora puede ser constantemente ampliado, completado y usado sin pérdida de tiempo.

Sin embargo no debemos creer que una traducción técnica, especializada sea tan fácil. No basta con conocimientos del campo de traducción. Hay que pensar también en los *finés comunicativos de la traducción*. Se usa por ejemplo un lenguaje diferente según distintos fines. Así el lenguaje de la propaganda es llamativo y menos científico que el de la información para especialistas. Además se necesita conocimientos socioculturales de un país para hacer propaganda. Lo que en un país no choca a nadie, en otro puede hasta ser prohibido oficialmente. Y en algunos casos se da lo que es una característica de obras de arte: la creatividad lingüística, que puede demostrarse en una publicidad o propaganda como juego de palabras, explotación de un doble sentido o algo parecido. Y entonces no es posible, traducirlo directamente, sino la tarea del traductor consiste en crear algo para efectos parecidos.

Quiero darles un ejemplo: en las autopistas alemanas se encuentra a menudo un panel grande con la imagen de un chofer en la parte delantera de un automóvil que sigue a otro automóvil muy alejado. Y se lee «Sie fahren mit Abstand am besten». ¿A quién no le gustaría leer que uno es el que mejor maneja de todos (desde lejos)? Pero el chofer alemán se queda con dudas y sigue reflexionando sobre la alabanza de su capacidad como chofer. El «con Abstand» permite dos interpretaciones, una ya la hemos mencionado, la otra es «con distancia» [de seguridad] entre su auto y el de adelante. Lógico, en un momento imprevisible, el chofer debe poder frenar su coche sin chocar con el de adelante. Entonces uno va mejor que todos manteniendo la distancia de seguridad. Pero las dos interpretaciones que salen de la lectura de la misma oración, no se excluyen, y esto da su gracia y su buen efecto. Este doble sentido no puede traducirse fácilmente en castellano.

Habría que ser imaginativo, creativo y encontrar algo por lo menos sorprendente y llamativo para imitar el efecto de esta oración. Pero allí, donde, como en todo el campo periodístico, hay creación y funciones del texto no sólo informativas, nos acercamos al campo de la traducción literaria o de obras de arte.

Aquí tengo que mencionar por lo menos una dificultad especial: la traducción de chistes o de tiras cómicas. ¿Por qué es tan poco conocida Mafalda fuera de países hispánicos? Porque muchas de sus gracias se reducen a juegos lingüísticos, intraducibles, según parece. Bueno, existe una traducción al alemán, pero no satisface mucho a quien conoce el original.

Sería interesante comparar varias traducciones especializadas del mismo texto. No debería haber muchas diferencias. Sin embargo, una *Sachübersetzung* [traducción especializada] no se hace sólo mediante un cambio de términos, sino se traducen textos, conformados de oraciones que por su parte han sido formadas según determinadas reglas morfosintácticas y semánticas propias de cada lengua. Y estas no corresponden siempre a las de idiomas no emparentados. El modelo indoeuropeo de oración no es válido, para mencionar un ejemplo, para el chino, y los cambios que hay que hacer para lograr un buen texto en el idioma meta, son grandes y a veces profundos.

También hay que mencionar que el traductor debe darse cuenta de cierto *estilo* de una lengua para poder reflejar éste en su traducción, le guste o no le guste. El alemán, por ejemplo, tiene una tendencia hacia un tipo de expresiones verbales compuestas que reemplazan a los verbos simples, se trata de verbos funcionales, bastante reducidos en sus significados originales, que se combinan con sustantivos abstractos derivados de los verbos: así se dice «einen Einkauf tätigen [hacer una compra]» en lugar de «einkaufen» [comprar], «einen Besuch machen» [hacer una visita] en lugar de «besuchen» [visitar], «eine Verabredung treffen mit» [darse cita con alguien] en lugar de «sich verabreden mit» [citarse con alguien].

En textos burocráticos hay peores ejemplos, y hay que tratar de imitar este estilo en la lengua meta.

Pero sin insistir más, podemos afirmar que el conocimiento exacto de la *terminología* correspondiente es la base más segura para hacer traducciones especializadas buenas.

¿Qué ayuda nos puede prestar el diccionario bilingüe? Un diccionario debe ser muy bueno y extenso para que baste a uno que ya conoce el idioma. Nos puede guiar, pero el uso de un diccionario monolingüe es prácticamente indispensable. Quiero demostrarlo con el ejemplo, no de un traductor, sino de un alumno de alemán. En una traducción del castellano al alemán de una receta del escabeche de pollo se mencionó como último ingrediente algo raro «wurmstichiger Koriander». Este ingrediente poco común se debe al uso de un diccionario bilingüe. Si se hubiese buscado bajo «Koriander» la información de un diccionario alemán monolingüe, se hubiese encontrado «Koriander, der, -s; -s, -nur Sg.; eine Pflanze, deren Samen man als Gewürz verwendet» [culantro, sólo singular; una hierba cuyas semillas son usadas como especias]. Entonces se hubiese aclarado el asunto traduciendo «frische Korianderblätter» [hojas frescas de culantro]. Y si se hubiese descubierto en un diccionario alemán que «wurmstichig» significa lo mismo que «wurmig, von Würmern befallen» [picado por gusanos], se hubiese seguramente optado por la traducción correcta de «picado» que es en este caso «kleingehackt» o «kleingeschnitten» [picado en trocitos o picado en general]. Y como resultado, nos hubiese gustado verdaderamente el escabeche de pollo.

Pero allí interviene el factor *tiempo*. Si me falta una buena y sólida base, un profundo conocimiento de la «Zielsprache» [lengua meta], me demoro mucho al buscar la traducción correcta, y este tiempo no se paga. Por eso las tantas traducciones con errores grotescos, frecuentes especialmente en informaciones para turistas. Por falta de una buena formación, de tiempo y pago han sido mal hechas. Si alguien me invita para conocer el «Gewehrlauf» [fúsil] cañón de Colca», posiblemente no iría. Un buen conocimiento lingüístico del alemán y un buen uso del diccionario, y me hubieran

invitado para conocer «die Colcaschlucht» [el cañón del Colca]. Con qué gusto hubiera ido.

Hablaremos ahora de la *traducción de obras literarias* y veremos que es allí donde se acumulan más problemas, más preguntas y donde el traductor debe usar sus conocimientos lingüísticos y su creatividad a la par.

Ahora que trabajamos sobre la base de un texto con elementos expresivos sintagmáticos y connotativos que pueden variar mucho en las dos lenguas, la del original y la de la traducción, no se trata sólo de traducir el QUE, sino también el COMO del original. Lessing (Hamburgische Dramaturgie) [La Dramaturgia de Hamburgo] lo ha formulado así:

«Allzu pünktliche Treue macht jede Übersetzung steif, weil unmöglich alles, was in einer Sprache natürlich ist, es auch in der anderen sein kann.» [Una fidelidad demasiado puntual o exacta entorpece cada traducción, porque es imposible que todo lo que es natural en un idioma, lo pueda ser en otro.] ¿Qué tiene que hacer el traductor? A pesar de que tanto se ha trabajado sobre la lengua base y la lengua meta, sobre el texto en sí y la posibilidad de su traducción, lo que el traductor hace, ha sido muy poco aclarado. Wolfram Wills lo dice (p. 22, loc. cit.): «Die Rolle des Übersetzers beim Zustandekommen der Übersetzung ist noch ... weithin in Dunkel gehüllt» ... «und die Tätigkeit des Kunstübersetzers lässt sich nicht soweit entpsychologisieren, dass sie automatentheoretisch dargestellt werden kann.» [El rol del traductor en el acto de la traducción está aún muy envuelto en oscuridad... y no es posible despsicologizar la actividad del traductor de obras de arte de manera que pueda ser presentada en la teoría de los autómatas.] En efecto, la máquina traductora logra -en el mejor de los casos -burdas traducciones informativas, mas ninguna obra de arte, porque no es una personalidad con individualidad, no conoce sentimientos, no tiene experiencias vividas, ni historia, ni inspiración; no tiene talento para traducir. Wenzelslav Konstantinov (pp. 22s., loc. cit.) lo dice: «Der Kunstübersetzer gibt nicht Wörter, Wortgruppen und Satzzeichen wieder, sondern gestaltet eine dichterische Welt um, schreibt aufs neue, mit seinen eigenen Kunstmitteln, ein

neues Werk. Dieses trägt alle Züge von Einmaligkeit, denn es ist das Ergebnis der Intelligenz, der Sensibilität, des Könnens und des Geschmacks des Übersetzers. Mit einem Wort: es ist das Ergebnis seines Talentes.» [El traductor de obras de arte no traduce palabras, grupos de palabras y signos de puntuación, sino transforma un mundo poético, escribe de nuevo, con sus propios medios artísticos, una nueva obra. Esta tiene todos los rasgos de unicidad, porque es el resultado de la inteligencia, de la sensibilidad, del saber y gusto del traductor. En una palabra; es el resultado de su talento.]

Pierre Deshusses (p. 29, loc. cit.) lo explica de la siguiente manera: «Der Übersetzer greift auf höchst persönliche Ressourcen zurück, Bilder, Erinnerungen, Kenntnisse, Gelesenes, Erfahrenes; Dinge, die ihm selbst nicht alle so ganz bewusst sind. Denn was der Übersetzer wiedergeben soll, sind nicht nur Worte, logische Folgen oder Sinn, sondern das, was zwischen den Wörtern existiert, dieser nicht greifbare Fluss, den man Schwingungen oder, wie Marguerite Duras. Musik nennen könnte.» [El traductor remonta a recursos altamente personales: imágenes, recuerdos, conocimientos, algo leído, vivencias; cosas de las cuales ni siquiera es muy consciente. Porque lo que tiene que traducir el traductor, no son palabras, secuencias lógicas o sentido, sino lo que existe entre las palabras, este flujo no tocable que podría llamarse vibraciones o, como lo hace Marguerite Duras, música.]

W. Konstantinov compara al traductor con el actor que es el intermediario entre el autor y el público, sólo que en nuestro caso, el público tiene otra lengua que el autor.

El traductor de obras de arte, cito a W. Konstantinov (p. 23), «spielt seine Rolle, indem er in die Haut des Autors schlüpft und sich in die Personen des literarischen Werkes hineindenkt. Seine Kunst ist die Kunst der Verwandlung.» [juega su rol introduciéndose en la piel del autor y entrando en los pensamientos de los personajes de la obra literaria. Su arte es el arte de la transformación.] Sin embargo, el traductor se distingue básicamente del escritor, del autor, porque escribe no su propio mundo, sino interpreta y explica una obra de arte ajena. Lo recrea, dentro de un nuevo contexto cultural.



Lo curioso es que cada época necesita *nuevas traducciones*.

La traducción es algo que actualiza los textos viejos. Uno no puede traducir un escritor del siglo XVII con el lenguaje del mismo siglo de la lengua meta. El traductor no lo conoce, no lo domina. El, más bien, acerca la obra a nosotros al actualizarla. Veamos lo que dijo Lutero al traducir la Biblia. Quiso llegar al pueblo y dijo: (p. 8, loc. cit.) «man mus die mutter im hause / die kindern auff der gassen / den gemeinen mann auff dem marckt darumb fragen / und den selbigen auff das mauel sehen / wie sie reden / und darnach dolmetzchen / so verstehen sie es den / und mercken / das man Deutsch mit in. redet.» [hay que preguntar a la madre en la casa, a los niños en la calle, al hombre común en el mercado y observar su boca, cómo hablan, y traducir según eso. Así lo van a entender y se dan cuenta que se habla alemán con ellos.]

¿Qué hizo Lutero? Tradujo una obra antigua al alemán de su tiempo, y todavía al alemán hablado por el pueblo, no por los nobles, entonces al alemán de su mundo sociocultural. Si no lo hubiese hecho así, ¿quién lo hubiera entendido?

Este mismo hecho hace que las traducciones envejecan, en cambio el original no; es cada época que tiene que acercarse al original de nuevo, haciendo su propia traducción. La famosa traducción de la Biblia hecha por Lutero ya no sirve para acercarnos a su contenido. No sólo contiene algunos errores, sino que usa el vocabulario de su época, dice por ejemplo «Weib» [hoy despectivo por «mujer»] en lugar de «Frau» [mujer], «Haupt» [hoy anticuado por «cabeza»] en lugar de «Kopf» [cabeza], «Schätzung» [estimación/cálculo] en lugar de «Volkszählung» [censo de población]. Y así la conocemos como cubierta con una pátina de arcaico y venerable que nos dificulta descubrir su importancia en nuestro tiempo.

Cuando, como en de la traducción de una obra muy antigua o alejada de nuestro mundo, es difícil concebir o representar mediante una traducción al mundo de antes o de lejos, unas notas al pie de la página pueden explicar lo que la traducción no puede expresar. El lector, acostumbrado al aparato

filológico de las notas, conoce y aprecia su utilidad.

El traductor trata de actualizar lo antiguo, de acercar lo lejano, pero se encuentra con otro problema cuando se topa con diálogos en jerga u otras variantes lingüísticas de grupos humanos, como son los dialectos. ¿Cómo traducir el slang de los negros o la jerga de los malhechores limeños al alemán? Son preguntas que tiene que solucionar el traductor y cuya solución depende esencialmente de su competencia en estos campos. Me parece que es imposible que se traduzca una «jerga» con el estilo normal de la lengua general. Si el traductor conoce algo correspondiente en su lengua meta, puede usarlo. Pero debe saber que la jerga - en cualquier parte - cambia rápidamente y que su traducción pronto no se entenderá.

Bueno, nos hemos detenido algo en ver, cómo el traductor encuentra la traducción, como si hubiese sido fácil para él de *entender el original*. Esta tarea es, indudablemente, la primera. Hay que analizar el texto base, hay que entenderlo, dentro de su ambiente histórico-cultural. Esta interpretación *hermenéutica* del texto es el paso necesario para que se pueda hacer el transfer interlingual y elaborar, mediante un trabajo de síntesis, la traducción en la lengua meta.

La lengua base y la lengua meta pueden ser muy diferentes. La estructuración semántica de una lengua refleja, así lo dijo primero Wilhelm von Humboldt, la *visión del mundo* de su comunidad lingüística. Si tenemos la tarea de traducir textos en lenguas muy diferentes, la traducción puede llegar a ser poco menos que imposible. Pensemos solamente en la riqueza léxica del campo semántico de «caballo» dentro del idioma de los gauchos argentinos, o en la riqueza léxica del campo semántico «nieve» en el idioma de los esquimales. Si en la lengua meta encontramos sólo campos semánticos correspondientes mínimos, ¿cómo podemos traducir?

Sin embargo, estos casos no son tan frecuentes como se pueda temer, porque si comparamos la mayoría de las culturas humanas, vemos que su vida se parece en algo básico: las necesidades biológicas del ser humano, sus

primeras técnicas desarrolladas y muchas cosas más son bastante parecidas, y, como consecuencia, vemos que las estructuraciones semánticas de las lenguas se parecen en algo esencial. Así que no sorprende tanto que la mayoría de los textos permiten ser entendidos y traducidos, no perfectamente en todos los casos, pero aproximadamente.

La *actitud* del traductor frente a una obra de arte no siempre es la misma. El principiante en este campo tratará generalmente de traducir lo más fielmente posible al original. Tal vez, para no «falsificar» en nada al original, tal vez por excesiva veneración y respeto al autor.

Yo recuerdo bien algo que ocurrió, hace unos años. Un joven poeta peruano había traducido unos poemas del poeta expresionista alemán Gottfried Benn. Me pidió revisar la traducción. El había suavizado, limado lo que en el original podía y debería chocar al lector. Traté de convencerle de que la traducción tenía que ser, también en este aspecto, más cercana al original. No logramos ningún compromiso, porque mientras que yo exigía una fidelidad casi absoluta del texto, él parecía haber tomado estos poemas como temas para crear una obra poética propia.

Me parece que sería ideal que el traductor entienda la obra original de la manera como la concibió y entendió su creador; pero aún en este caso excepcional, la traducción no va a ser una copia fiel ni reproducción perfecta, sino siempre una interpretación propia del traductor. Esencial es que tanto la obra como la traducción tengan un *efecto parecido o igual en el lector*. Si se logró el transfer de este efecto en el lector, ya no importa tanto, cómo se ha traducido tal giro, tal jerga, tal palabra. Lo que importa es que la obra entera haya sido traducida según la interpretación del traductor.

¿Cómo puede un traductor de obras literarias llegar a ser un *buen traductor*? Uno que logra este efecto en el lector que corresponde al efecto del original. Para contestar en algo esta pregunta, cito a Katharina Reiss (Möglichkeiten und Grenzen der Übersetzung, München 71, p. 107): «Die Interpretation steht und fällt mit der Person des Interpreten. Seine geistigen

Fähigkeiten, seine eigene Wesensart, sein menschliches Verhaftetsein in Raum und Zeit, aber auch der Grad seiner Sprachbeherrschung und seiner Bildung setzen seiner Interpretationsfähigkeit subjektive Grenzen und veranlassen ihn dazu, in *seinem* Sinn zu akzentuieren, *seine* Wahl bei der Entscheidung zu treffen, *was* und *wie* er übersetzen will.» [La interpretación depende de la persona del intérprete. Sus facultades espirituales, su propia manera de ser, su arraigo humano en el espacio y tiempo, pero también el grado de su dominio del idioma y de su formación lo llevan a acentuar en *su* sentido, a encontrar *su* propia decisión en lo *que* y *como* quiere traducir.]

Ahora nos preguntamos, si el traductor es excelente en todos los puntos señalados, ¿será también excelente su obra, la traducción? La respuesta depende de varios factores.

Por un lado ya hemos mencionado que cada traducción vale como buena sólo en un período determinado de actualidad. Puede haber sido excelente, pero después de mucho tiempo le quedará tal vez sólo un valor histórico. El que la lee, dirá: Ah, así lo han entendido a Shakespeare en el siglo 19. Así que la traducción tiene que ser de la época misma de quien la juzga. Pero también hay que ver, si el «sistema de valores» (W. Konstantinov lo llama así) es el mismo para el autor y su traductor. Puede darse que una obra antigua tenga por tema principal un conflicto por este valor tan frágil que se llama «honor». Parece que en la época actual, valores como «honor» y sus correspondientes sentimientos como «pudor y vergüenza» han empalidecido; «riqueza» y «poder», aunque resulten de corrupción, valen más. Entonces, ¿cómo puede un traductor hacer resaltar este valor de antes? Exagerándolo, resultaría ridículo, escondiéndolo como uno de otros valores de la obra, crearía una obra diferente.

Ahí se reafirma que el original no envejece. Si leemos a Racine, a Corneille, encontramos que estos valores, lamentablemente algo alejados de nosotros, se encuentran en obras que ya por su forma y lenguaje nos parecen arcaicas, históricas. Entendemos que estos alejandrinos solemnes reflejan sistemas de valores que pertenecen a un mundo de antes.

Pero si leemos una traducción de estas obras en el idioma de nuestra época, difícilmente sentimos la validez de los valores señalados.

Bueno, si el traductor se distingue mucho en su «Wertsystem» [sistema de valores] y también en su visión del mundo del autor de la obra que va a traducir, es más fácil que traduzca mal en algunos momentos. Así nos cuenta W. Konstantinov, que A. W. von Schlegel, al traducir «Hamlet», tradujo mal la palabra **fat** [gordo] con ‘sudando’, y mientras que Goethe todavía exigía para la presentación de «Hamlet» en Weimar un actor *gordo*, más tarde los actores eran más bien delgados. Seguramente, el romántico W. A. von Schlegel no pudo o no quiso imaginarse un Hamlet gordo.

Para mí, el traductor cumple en literatura el rol que tiene el músico al interpretar obras del pasado. Cada época tiene su manera de interpretación; a Bach, olvidado primero, se le resucitó primero en época del romanticismo (der Romantik), y seguramente se le representó primero en la época de manera romántica. Más tarde se trató de hacer una interpretación de acuerdo a lo que se hacía en tiempos de Bach mismo (werkgerechte Aufführung); hoy se tiene un nuevo concepto de la música barroca y además se permite que el intérprete presente la música como la siente. Siempre es Bach, pero siempre es igual y diferente.

Lo mismo pasa con las buenas traducciones. Nos permiten acercarnos al original por medio de una interpretación actualizada y original.

Para terminar, quiero mencionar algo no tan positivo. El valor de una buena traducción es alto, pero el lector casi nunca se entera del nombre del traductor. El lector cree leer a García Márquez o a Böll y no sabe ni quiere saber quien los haya traducido. Además, muy a menudo, se paga mal a los traductores de obras literarias no reconociendo los largos años de formación que un traductor de arte necesita para ser bueno.

## BIBLIOGRAFIA

- KONSTANTINOV, Wenzeslav. Paradoxe sur le traducteur. Die Übersetzungskunst im Blickfeld der Kritik. En 1. Europäische Übersetzerkonferenz im Literarischen Colloquium Berlin 1991. Dokumentation. München, K. Graf. Goethe-Institut, 1992.
- WILLS, Wolfram. Kontextuelle, kulturelle und kognitive Aspekte des Übersetzungsprozesses. En 1. Europäische Übersetzerkonferenz im Literarischen Colloquium Berlin 1991. Dokumentation. München, K. Graf, Goethe-Institut, 1992.

---

\* Ponencia presentada en el Seminario «*La traducción: arte y ciencia*», realizado en la Universidad Ricardo Palma, Lima (Perú), set. 1994, en el «Día del traductor».